
ÚNICOS REPRESENTANTES DE PLUMA Y LÁPIZ EN AMÉRICA

República Argentina: D. MARCELINO BORDOY. — Venezuela, 1150 y 1154. . BUENOS AIRES
República Mexicana: J. BALLESCÁ Y C.^a, SUCESOR. — San Felipe de Jesús, 572. . MÉXICO
República del Uruguay: D. ANDRÉS RIUS. — Soriano, 155 y 157.. . . MONTEVIDEO
República de Chile: D. CARLOS BALDRICH. — Huérfanos, 21. SANTIAGO
República del Perú: D. FELIPE PRÓ. — Unión, 92, (antes Portal de Eseribanos).. . LIMA
Isla de Cuba: D. LUIS ARTIAGA. — San Miguel, 3.. HABANA

Unico representante en Portugal: D. MANUEL F. MIDOES. — Rua da Padaria, 32. . LISBOA

AÑO II

BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1901

PRECIO 20 CENTS.



PUNY LAPIZ

M. SEGU
EDITOR
BARCELONA

PUNY LAPIZ

NÚM. 55



NÚM. 55

AMOR Y POLÍTICA

No fué muy del agrado del señor ministro la noticia de que la encantadora Carmencita, su hija única, estaba á punto de volverse loca de amor por Pérez, un joven diputado de la minoría, y desde luego se propuso cortar de raíz aquellos amores que, inconscientemente venían á echar por tierra los planes matrimoniales que respecto de aquélla tenía formados S. E. Pero hombre dotado de gran sentido práctico en los asuntos de esta índole, y profundo conocedor del corazón femenino, antes de adoptar temperamentos enérgicos que pudieran dar resultados contraproducentes, llamó á su hija y le habló de este modo:

—¿Es cierto que amas á un tal Pérez, diputado de la minoría?

—Sí, papá,—contestó tímidamente la joven.

—No es que yo trate de torcer tus inclinaciones ni de contrariar los impulsos de tu corazón, pues presumo de saber lo que son estas cosas; pero has



que dijeron sí ó no. Desiste, pues, hija mía, de esos amores, que ese hombre no te conviene.

—Pero, papá, si todo el mundo dice que Pérez es un chico que vale mucho.

—Bien; pues que lo demuestre. Amplio y dilatado es el horizonte de la política, é infinitas son las ocasiones en que un diputado puede romper el anónimo y colocar su nombre á la mayor altura. Despejados tiene todos los caminos, y á su disposición todos los medios para llegar á la cúspide. Que elija uno de ellos... cualquiera, el que más le guste ó convenga á sus intereses, porque en política no es cosa de pararse en pelillos ni en puritanismos de cartujo, cuando se trata de medrar. En política no se escalan los primeros puestos por riguroso escalafón ni por la fe en los sitios ni por la constancia en mantenerla. A veces, un discurso afortunado vale una cartera.

Aquella misma noche refirió Carmen á Pérez la conversación tenida con su padre.

—No tienes, pues, más remedio,—agregó la bellísima hija del ministro,—que hacer algo que suene; algo que haga resaltar tu vulgarísimo apellido; algo, en fin, que haga olvidar á mi padre que eres un diputado *cunero*, de esos que vienen al Congreso para comer caramelos *gratis* y tener franquicia postal.

de tener muy presente, hija mía, que mi posición te permite elevar tus miras un poco más... Vamos á ver: ¿quién es Pérez? Nadie; ¡absolutamente nadie! Uno que figura con el ignominioso N. N. en el reparto de la comedia política; un desconocido que viste la toga del legislador, tal vez por un incomprensible rasgo de filantropía ministerial. ¿Qué ha hecho? ¡Nada todavía! ¿Cuál es su historia? ¡Ninguna! Para demostrarlo, ahí tienes la colección del *Diario de Sesiones*, donde su nombre sólo figura en la lista de los señores

—Está muy bien,—contestó Pérez con resolución; —tu señor padre quedará

complacido. Yo no sé lo que haré; pero seguramente haré algo para que mi vulgar apellido se coloque á nivel y sea de los más ilustres y respetables. Yo te juro por el inmenso amor que te profeso, que Pérez, el diputado *cunero*, el que en toda la legislatura sólo ha pronunciado monosílabos, saldrá antes de mucho del montón anónimo, y figurará su nombre propio en el reparto de eso que tu padre llama la *comedia política*.

La cosa pública marchaba como sobre ruedas; el Gobierno, satisfecho de su obra, y contando con el aplauso unánime de sus amigos y paniaguados, tenía resuelto el poner término á la tarea legislativa, para diseminarse después por playas y balnearios, entregándose al *dolce far niente*.

Era una calurosa tarde del mes de Julio. El Congreso estaba punto menos que desierto. Cuando el Presidente de la Cámara ocupó su dorado sitial declarando abierta la sesión, en el augustó recinto de las leyes sólo se hallaban media docena de diputados,

unos escribiendo cartas particulares, y otros leyendo la prensa de la mañana. En las tribunas públicas había solamente algunos curiosos; en la de los ministros alguna dama de la aristocracia, entre las cuales se hallaba Carmen, la novia de Pérez.

Las dos primeras horas de la sesión deslizaronse perezosamente entre preguntas sin interés y peticiones de carreteras y vías férreas, que siempre se conceden y jamás se construyen.

De pronto, Pérez, que era uno de los diputados que se hallaban en el salón, después de dirigir á la hija del ministro una ardiente y expresiva mirada, como diciéndole: *¡va por tí!*, pidió la palabra.

—El señor Pérez tiene la palabra,—contestó el presidente.

—Siento mucho,—dijo el diputado,—que no haya en el *banco azul* ningún señor ministro. Tenía que dirigirle una pregunta importante.

En aquel momento apareció en el dintel de la puerta que da paso al Salón de sesiones, la noble figura del padre de Carmen, dirigiéndose pausadamente al banco azul, en el que tomó asiento.

Pérez, encarándose con su futuro suegro, le dijo:

—¿Sabe S. S. algo de lo ocurrido en la Delegación de Hacienda de...?

—Lo ignoro,—contestó S. E.;—pero trasladaré la pregunta á mi digno compañero, el ministro de Hacienda, y él podrá informar á S. S.

—Me sorprende que un individuo del Gobierno ignore lo que ocurre en una dependencia del Estado.

—Ya le he dicho á S. S. que eso no es de mi departamento.

—Sin embargo, S. S. debía saberlo.

—No veo la razón.

—¡Claro! Como no es de su departamento, S. S. dice lo que aquel municipal: *¡eso no es de mi distrito!*

Al señor ministro no le hizo gracia aquella salida, un tanto irrespetuosa y mortificante para su persona; y queriendo dar un *recorrido* al que aspiraba á ser su yerno, y tal vez ponerle en ridículo delante de Carmen, le contestó con marcado desdén, como dando por terminado el incidente.

Pérez, lejos de desconcertarse, y alentado sin duda por una penetrante mirada que en aquel momento le dirigiese su prometida, le replicó en el mismo tono.

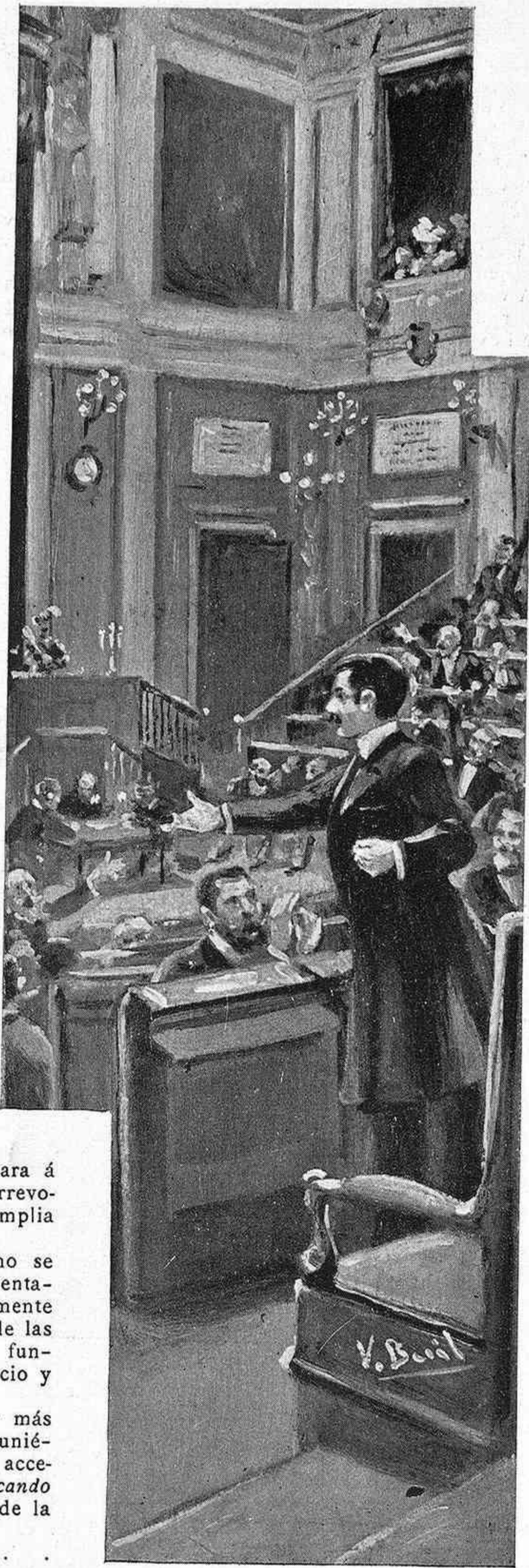
Como el incidente surgido entre Pérez y el ministro fuera agriándose por momentos, los individuos del Gobierno acudieron presurosos á ocupar sus puestos; los escaños pobláronse de diputados; las tribunas de curiosos; y lo que comenzó por una simple escaramuza parlamentaria, no tardó en adquirir los caracteres de una batalla campal. Las minorías, creyéndose ofendidas por el desdén con que el ministro tratara á Pérez, hicieron causa común con éste, anunciando su irrevocable resolución de retirarse, si no se daba *ipso facto* amplia y cumplida satisfacción al diputado ofendido.

El escándalo era formidable; todos hablaban, ninguno se entendía; los Padres de la Patria se apostrofaban violentamente, poniéndose como verduleras, y dirigíanse mutuamente las frases más gordas y peor sonantes del repertorio de las *broncas* parlamentarias; la campanilla presidencial, que funcionaba sin descanso, era impotente para imponer silencio y restablecer el orden...

Hubo que suspender la sesión para evitar mayores y más graves complicaciones, y acto seguido los ministros reunieron en Consejo, acordando, tras empeñada discusión, acceder á la justa y natural exigencia de las minorías, *sacrificando* para ello un ministro... que fué precisamente el padre de la novia de Pérez.

—Papá, supongo que ya estará satisfecho,—decía Carmen aquella misma noche á su padre;—pues ya *ha hecho algo que suene*.

—Efectivamente,—contestó el ex ministro un poco amostazado:—ya ha hecho algo; pero ¡caramba! yo no quería que hubiera hecho tanto...



FRAGMENTOS DE UN MONÓLOGO (1)

DEL DRAMA «VENGANZA DE UN POETA», ESTRENADO EN EL TEATRO NACIONAL DE SAN JOSÉ DE COSTA RICA.

¡Las docel... La luz vacila
y se extingue á mi despecho. .
¡Qué tempestad en el pecho;
y la noche... qué tranquila!
¡Y esta idea... yo no sé...
me enloquece! ¡Esto es horrible!
A veces la creo imposible;
pero imposible ¿por qué?...
Mi experiencia y fuerzas son
muy pocas, mas infinita
es esta ansia que me agita
y tortura el corazón.

Cuando impotente no puedo,
arrojo la pluma á un lado;
mas de pronto exclamo airado:
¡No, no, mil veces... no cedo!
...
La ignorancia, el egoísmo,
la miseria y la embriaguez
cavando van á la vez,
no una fosa, inmenso abismo.
El poeta, alma sensible,
si comprende su misión,
con noble afán, con tesón,

debe alumbrar esa horrible
huesa social, do cayendo
van, ya muchos deshonrados,
los dignos, avergonzados,
y los infames, sonriendo.
¡Ah! La ignorancia, en unión
de la miseria social,
engendran al criminal,
al mendigo y al ladrón!
Debemos, pues, hacer guerra
á todas las mezquindades,
oprobios, iniquidades



FACHADA DEL TEATRO NACIONAL.

é injusticias de la tierra.
Al pícaro, al delincuente,
á la escena hay que llevar
y hacerles allí bajar,
avergonzados, la frente.
Moliere con noble ironía,
así al bribón castigó...
Si acaso tuviere yo
inspiración... ¿qué no haría?
Y he de escribir lo que siento;

y en largas noches, á solas,
he de bregar con las olas
de mi propio pensamiento;
que el pensamiento, en verdad,
también como el mar se agita:
¡á veces cuando medita,
oculta una tempestad!...
Es preciso, sí, que escriba
y haga de la pluma un tajo
con que escude á los de abajo

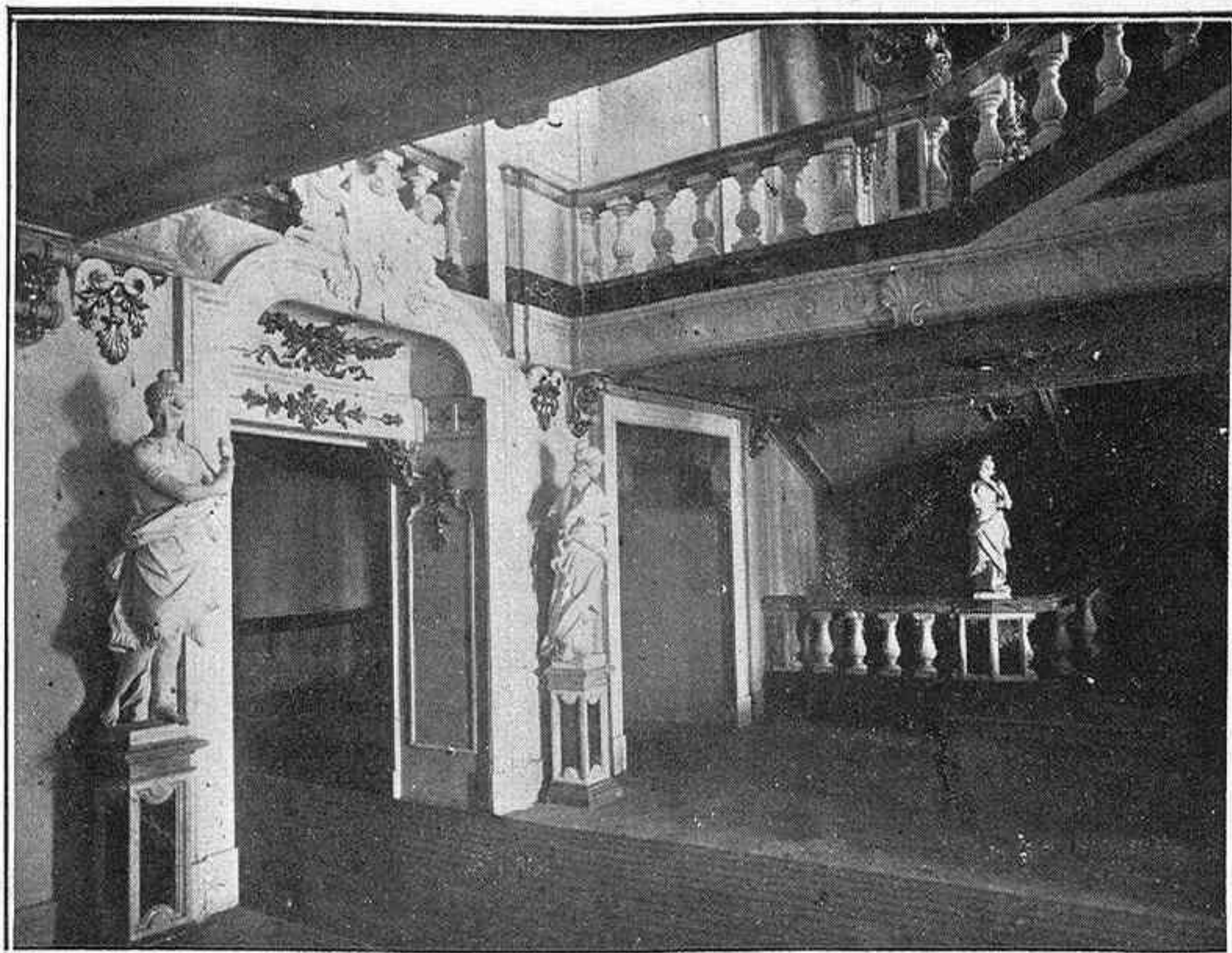
de las infamias de arriba.
Acriminaré el cinismo,
la usura, la hipocresía,
la envidia, la alevosía,
el crimen y el fanatismo.

...
¡Qué importa que en recompensa
á este deber que me he impuesto,
encuentre alguno pretexto
para arrojarme una ofensa,

(1) La falta de espacio nos impide publicar íntegro este trabajo de nuestro colaborador Sr. Cooper.

y después, sin compasión,
la crítica, acerba y vil,
como vívora sutil
me muerda en el corazón!...
La suerte, pues, está echada:
nada me importa ni inquieta,
que la misión del poeta
es una misión sagrada.

¡Venid, venid hacia aquí
mónstruos mezquinos del mundo,
que ya en mi anhelo profundo
quiero veros cerca á mí!
¡Venid, pues; mas no piedad
inspiréis á quien os llama,
para que así brote el drama
lleno de vida y verdad!...
¡Aquel... de torva mirada,
que allí miro... es un traidor;
y ese otro .. un calumniador
de una pobre niña honrada!
¡Sí!... ¡Y ese joven de andar
vacilante, es un villano
que ni aún de su padre anciano
supo el dolor respetar;
y el que allá vela azorado,
recontando su dinero,
ese... es un ruin usurero
con ribetes de malvado!
¡A todos vosotros: entes
viles de la sociedad,
que al amor y caridad
os mostráis indiferentes;
y que oyendo, sin piedad,
ese doliente clamor
que lanza en vuestro redor

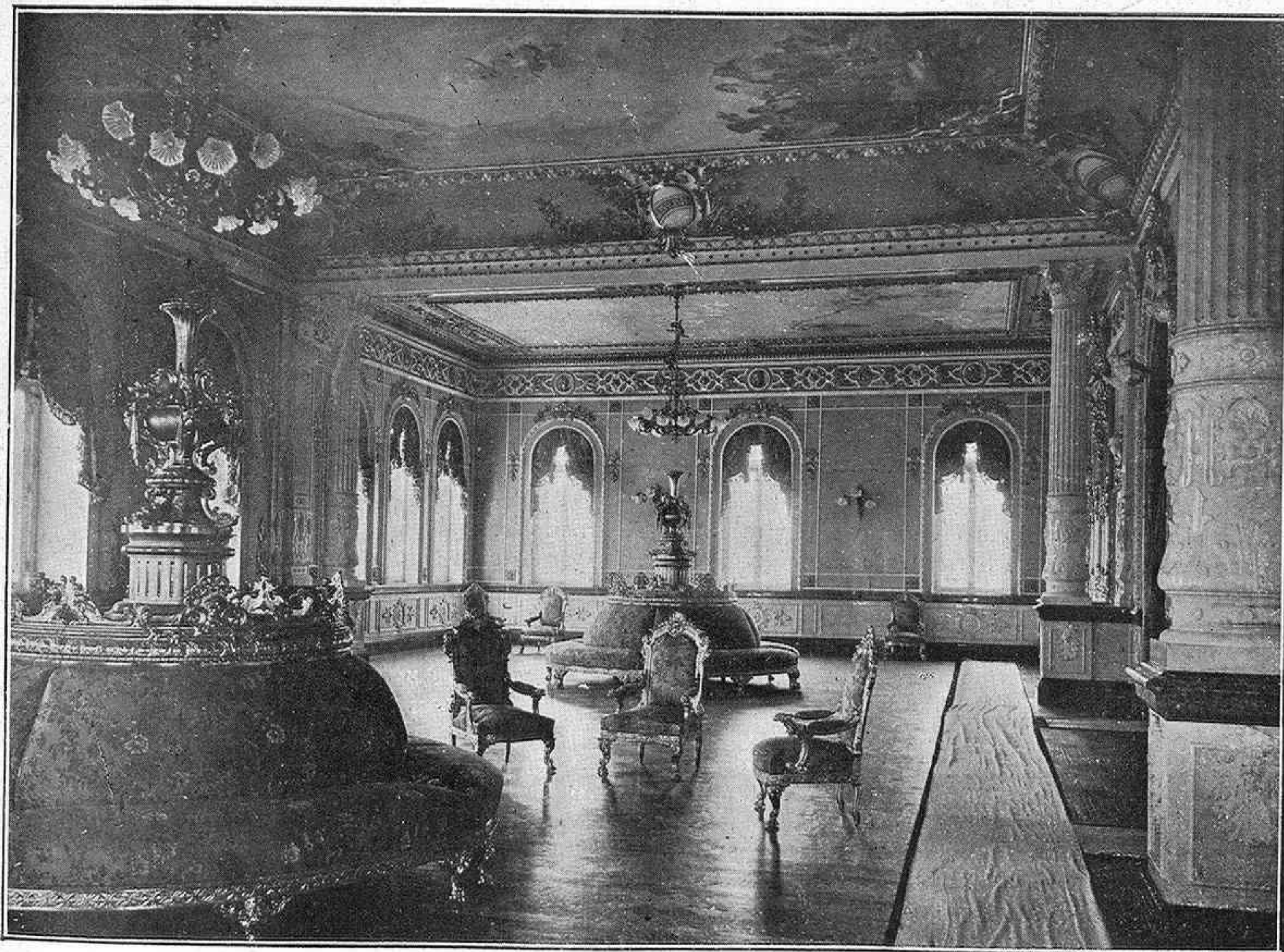


ESCALERA QUE CONDUCE AL SALÓN DE DESCANSO Y PALCOS.

la mísera humanidad,
os convertís ¡quién creyera!
en verdugos inhumanos
de vuestros mismos hermanos,—
aunque con venganza artera
vuestro odio doquier me siga,—

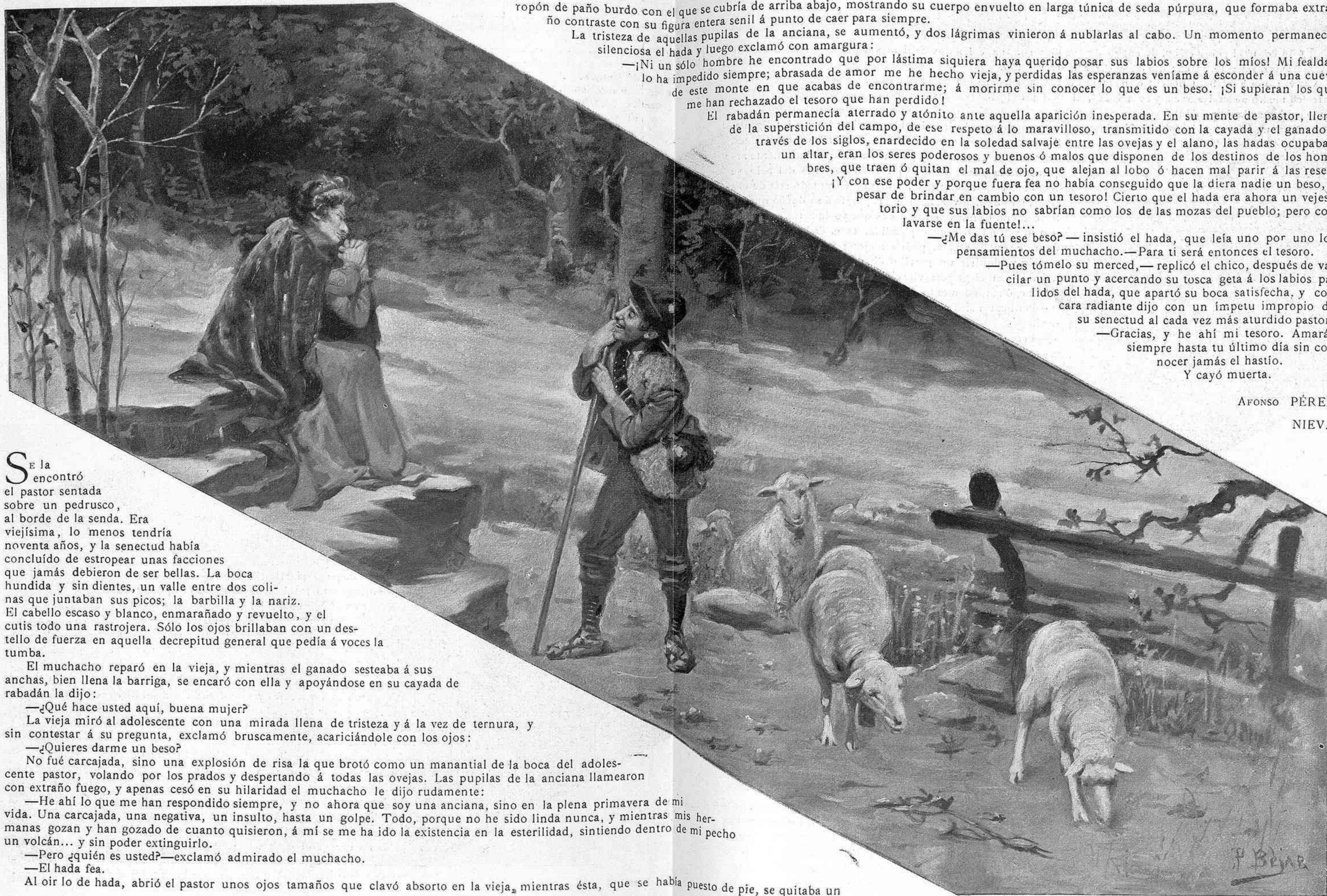
voy á la escena á traeros,
para que el público al veros
os escarnezca y maldiga!...

EMILIO PACHECO COOPER
(Costarricense)



SALÓN DE DESCANSO.

EL HADA FEA



Se la encontró el pastor sentada sobre un pedrusco, al borde de la senda. Era viejísima, lo menos tendría noventa años, y la senectud había concluído de estropear unas facciones que jamás debieron de ser bellas. La boca hundida y sin dientes, un valle entre dos colinas que juntaban sus picos; la barbilla y la nariz. El cabello escaso y blanco, enmarañado y revuelto, y el cutis todo una rastrojera. Sólo los ojos brillaban con un destello de fuerza en aquella decrepitud general que pedía á voces la tumba.

El muchacho reparó en la vieja, y mientras el ganado sesteaba á sus anchas, bien llena la barriga, se encaró con ella y apoyándose en su cayada de rabadán la dijo:

—¿Qué hace usted aquí, buena mujer?

La vieja miró al adolescente con una mirada llena de tristeza y á la vez de ternura, y sin contestar á su pregunta, exclamó bruscamente, acariciándole con los ojos:

—¿Quieres darme un beso?

No fué carcajada, sino una explosión de risa la que brotó como un manantial de la boca del adolescente pastor, volando por los prados y despertando á todas las ovejas. Las pupilas de la anciana llamearon con extraño fuego, y apenas cesó en su hilaridad el muchacho le dijo rudamente:

—He ahí lo que me han respondido siempre, y no ahora que soy una anciana, sino en la plena primavera de mi vida. Una carcajada, una negativa, un insulto, hasta un golpe. Todo, porque no he sido linda nunca, y mientras mis hermanas gozan y han gozado de cuanto quisieron, á mí se me ha ido la existencia en la esterilidad, sintiendo dentro de mi pecho un volcán... y sin poder extinguirlo.

—Pero ¿quién es usted?—exclamó admirado el muchacho.

—El hada fea.

Al oír lo de hada, abrió el pastor unos ojos tamaños que clavó absorto en la vieja, mientras ésta, que se había puesto de pie, se quitaba un

ropón de paño burdo con el que se cubría de arriba abajo, mostrando su cuerpo envuelto en larga túnica de seda púrpura, que formaba extraño contraste con su figura entera senil á punto de caer para siempre.

La tristeza de aquellas pupilas de la anciana, se aumentó, y dos lágrimas vinieron á nublarlas al cabo. Un momento permaneció silenciosa el hada y luego exclamó con amargura:

—¡Ni un sólo hombre he encontrado que por lástima siquiera haya querido posar sus labios sobre los míos! Mi fealdad lo ha impedido siempre; abrasada de amor me he hecho vieja, y perdidas las esperanzas veníame á esconder á una cueva de este monte en que acabas de encontrarme; á morirme sin conocer lo que es un beso. ¡Si supieran los que me han rechazado el tesoro que han perdido!

El rabadán permanecía aterrado y atónito ante aquella aparición inesperada. En su mente de pastor, llena de la superstición del campo, de ese respeto á lo maravilloso, transmitido con la cayada y el ganado á través de los siglos, enardecido en la soledad salvaje entre las ovejas y el alano, las hadas ocupaban un altar, eran los seres poderosos y buenos ó malos que disponen de los destinos de los hombres, que traen ó quitan el mal de ojo, que alejan al lobo ó hacen mal parir á las reses.

¡Y con ese poder y porque fuera fea no había conseguido que la diera nadie un beso, á pesar de brindar en cambio con un tesoro! Ciertamente que el hada era ahora un vejestorio y que sus labios no sabrían como los de las mozas del pueblo; pero con lavarse en la fuente!...

—¿Me das tú ese beso?— insistió el hada, que leía uno por uno los pensamientos del muchacho.—Para ti será entonces el tesoro.

—Pues tómelo su merced,— replicó el chico, después de vacilar un punto y acercando su tosca geta á los labios pálidos del hada, que apartó su boca satisfecha, y con cara radiante dijo con un ímpetu impropio de su senectud al cada vez más aturdido pastor:

—Gracias, y he ahí mi tesoro. Amarás siempre hasta tu último día sin conocer jamás el hastío.
Y cayó muerta.

AFONSO PÉREZ

NIEVA

Ilustrado por PABLO BÉJAR.

LEAL

Para mi perro Sir.

ME lo contó el pobre ciego, mientras de sus ojos sin luz, caían dos ardientes lágrimas, dos lágrimas de remordimiento, arrancadas de su corazón arrepentido.

A la vez que hablaba, tenía entre sus manos la redonda y hermosa cabeza de Leal, su perro, su compañero único en medio de su desgracia y su soledad, al cual prodigaba sus caricias como una recompensa, tal vez como en demanda de perdón.

Leal era un hermoso ejemplar de Terranova, un pura sangre de inestimable precio para un inteligente.

Sus lanas negras, su pecho blanco, sus bellas proporciones, su cola recta en señal de pureza de raza, y ligeramente arqueada en la punta para mejor lucir lo largo del pelo, su docilidad y su inteligencia, habíanme encantado más de una vez y, más de una vez, habíale propuesto á su dueño que me lo vendiera. Con los veinte duros que yo le daría, pagándolo en verdad no muy espléndidamente, dado el verdadero valor de aquella alhaja, podría mejorar algún tiempo su situación y adquirir un perrillo de aguas, más propio para guiarle en su ciega peregrinación por las calles de la ciudad.

Se negó rotundamente.

—Perdone usted, señor, — me dijo, — jamás venderé á Leal.

—Pero, hombre ¿por qué?

—¿Quiere usted saberlo?

Y á renglón seguido, me refirió lo siguiente:

—Leal, vino á mi poder providencialmente... El destino lo puso en mi camino. Acababa yo de perder la vista, y caminaba, llevando por tiento un palo, cuando una noche (noche, aunque para mí siempre lo es), tropecé en el arroyo con un bulto, que chilló desesperadamente al choque de mi pie. Era un perro, un cachorro, perdido indudablemente, pues no se tira lo que algo vale... Me agaché... El perro me pareció muy grande; pero por sus movimientos y sus dientes, comprendí que era cachorro. Le até con una cuerda, tiré de él y me siguió. Al día siguiente, todos me alabaron la hermosura de aquel animal. Ya tengo lazarillo, pensé con egoístas miras... Y seguí conservándolo á mi lado, y

Leal fué creciendo, y llegó á ser, más que un lazarillo, un verdadero defensor. Cierta día, unos pobres me ofendieron, quisieron pegarme porque les hacía la competencia en las cercanías de un templo, y Leal arremetió contra ellos y les puso en precipitada fuga; otra vez, un coche se me echaba encima y Leal saltó al pecho del caballo y le detuvo, encabritándolo. Me salvó la vida.

Y aquí, acariciando al perro, agregó con inmensa ternura:

—¡Pobre Leal! ¿Venderte yo? ¡Ah! ¡Nunca, nunca! Tu pobre amo, fué ingrato contigo una vez; pero no volverá á serlo jamás.

Y siguió su relato, profundamente conmovido.

—Una mañana, hallábame yo junto al muro de un templo, cuando se me acercó un señor y me hizo las proposiciones que usted me hace. También me ofrecía veinte duros. Vacilé. Cien pesetas son una suma fabulosa para un pobre como yo... Llegó á ofrecer cincuenta más, y entonces, considerando aquello un negocio redondo, le entregué mi pobre Leal. El infeliz gruñó primero, lamióme las manos, hizo esfuerzos por romper la cadena con que su nuevo amo le tenía sujeto... Al fin, cesé de oírle y de sentirle... y palpé con gozo el dinero. ¡El dinero!... ¡Maldito sea! El nos hace insensibles, él prostituye todos nuestros sentimientos, él domina y encadena la honra, la virtud, la conciencia, cuanto de santo y bello hay en nuestras almas; nos convierte en fieras, y hace que por él nos destrochemos sin piedad... ¡Maldito, maldito sea!

Su voz temblaba; sus ojos insensibles al sol, se revolvían en sus órbitas á impulsos de la indignación.

—Los treinta duros me duraron muy poco. A los pocos días de poseerlos, tomé un lazarillo que me los robó y se fué. ¡Qué diferente conducta la de Leal! Si entonces hubiese pensado como hoy, hubiese creído que aquello era un castigo justo de Dios. Pero yo no pensé así. Me desesperé y hasta estuve enfermo de la rabieta. Salí del hospital al fin, tan pobre y tan mísero como antes. ¡Ah! ¡El dinero!... Le odio desde entonces. Cuando lo tenemos, nos forjamos la ilusión de que somos seres superiores á los demás que no lo poseen. De eso, sólo tiene culpa la bajeza humana, que rinde culto al rico, aunque su oro esté amasado con



sangre y lágrimas de sus semejantes... Pero me aparto del asunto. Vuelvo á él, señor... y perdone lo dicho, si en algo le ofende.

—Siga usted, siga usted, amigo... Algo hay de cierto en cuanto dice.

—Salí, como dije, del hospital, y torné á mi peregrinación callejera, sólo y comenzando á echar de menos la compañía de Leal. ¿Era cariño aquello? No, señor; egoísmo. Lo confieso para vergüenza mía. ¡Cuántos tropezos tuve! ¡Cómo se aprovecharon otros pobres al verme indefenso! Me echaban de donde podía restarles limosnas, me achuchaban sus asquerosos canes ratoneros... Un día al fin ..

Aquí su voz se veló; sus párpados temblaron; sus labios se contrajeron con una mueca, hija del esfuerzo hecho para contener un sollozo.

—Un día... día de nieve y frío cruel,—dijo,— pasaba yo por una de las calles del ensanche y, de súbito, oí fuertes ladridos, que se trocaron en ese gruñir ronco que acaba con una nota aguda; el gruñir del perro que muerde... Sonaron algunos chillidos, el restallar de un látigo, gritos de mujer, juramentos de un hombre. De pronto, algo choca con mis piernas, trepa hasta mi pecho, me lame la cara, gime sin cesar... ¡Oh! Tiendo mis manos, toco aquello... ¡Leal! ¡Leal—exclamé... Y Leal salta en torno mío, ladra alegremente, me azota las piernas con su cola... Le conocí... ¡No me guardaba rencor! Un muchacho, criado tal vez del dueño del perro, acercóse y me dijo con malos modos, que podía llevármelo enhoramala, pues no había modo de tenerle sino sujeto. No había tomado cariño á nadie; había mordido á todos... Al verme rompió la cadena; quisieron detenerle y, tirando al suelo á la señora y abalanzándose al señor, había recobrado su libertad... ¡Oh, mi Leal! Bien puesto tienes el nombre que te di... Me lo llevé. Nos fuímos... Me siguió como siempre... como manso

cordero; y aquella noche... aquella noche dormimos en las cuevas del Príncipe Pío, y él me prestó calor con su cuerpo, y yo... yo señor, sintiendo por primera vez el remordimiento, lloré... lloré besándole abrazado á su cuello, mientras él me lamía la cara. ¡No lo vendo señor! ¡no lo vendo! Antes prefiero morir. El dinero, no vale más que el cariño.

Abrazaba por el cuello á Leal, dejando caer sobre él dos lágrimas que brillaron un momento, en aquellas lanas negras, sedosas, onduladas.

No insistí en mis deseos.

Le entregué unas monedas y me retiré, pensando que la historia de aquel perro, podía servir de ejemplo á muchos hombres.

Razón tuvo el filósofo, al amenazar á su can con estas palabras:

—¡Cállate, ó te llamaré hombre!

Sí; hay perros superiores á los hombres; en general, lo son todos en lo que atañe á los sentimientos, ese oro puro de las almas buenas, ese oro que no pervierte á nadie como el otro, ni á nadie esclaviza despertando en los cerebros ideas que tal vez jamás hubieran acariciado.

Quien tiene un perro, puede estar seguro de tener un buen amigo, que ni le vende ni le abandona en la miseria.

Por eso tengo yo uno; para estar seguro de que alguien me quiere.

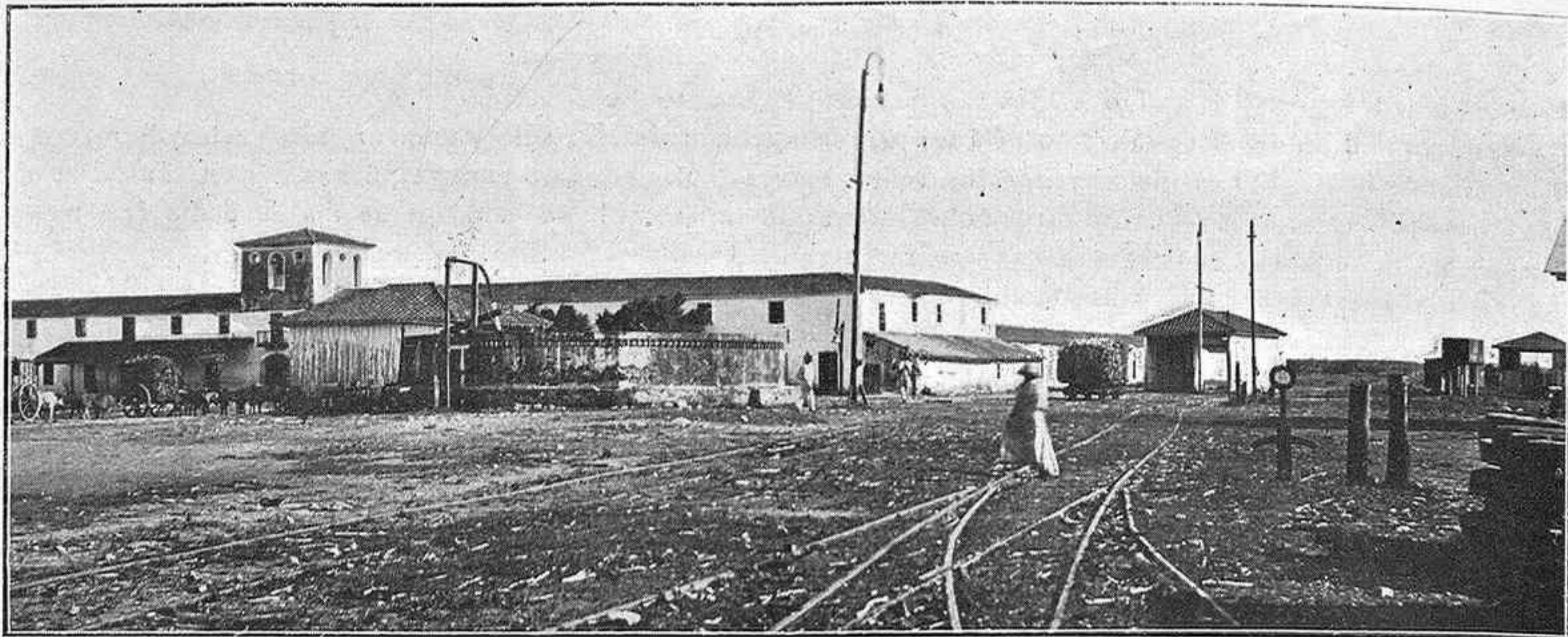
Y no extrañéis ni toméis á risa que le dedique este artículo. Lo hago por dos razones: primera porque creo que no deben dedicarse las cosas para placer de aquel que las recibe, sino



para satisfacción propia; segunda, para estar seguro de haber dedicado algo... que no lo censure el que es objeto de tal atención.

LUIS DE VAL.

Ilustraciones de TUSELL.



UN BOHÍO (Isla de Cuba).

Fot. R. Corral Martínez.

PASATIEMPOS

CRIPTOGRAFÍA

Por *ton* se *ri*có * Ma* la *za* del *mo*
Cid *pe*, a*ce*do * to* en * na*li* de *me* *
le, ha*ña * pin* Mo*tín * her*sas *ti* y *
re*sen* el *bu* de es* pa*na, cu*do á * plu* por
. Pa.

Colocar una sílaba en cada asterisco para que pueda completarse el precedente fragmento, extractado de una reseña publicada en un número de esta REVISTA.

J. PLANAS BALLBÉ.

CHARADA

La primera y la segunda
dos tiempos de verbo son,
y á no ser que me confunda
cuarta es una negación.
Es la tercera á mi modo
de una extensión regular,
y que es un varón el todo
nadie lo puede negar.

JUAN GRAN Y FONT.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 — Nombre propio popularísimo.
- 5 6 1 5 6 1 6 — Lugar reservado.
- 4 5 6 2 7 8 — Tiempo de verbo.
- 1 2 3 1 8 — En los partidos.
- 2 3 4 2 — Parte de un anfíbio.
- 7 8 3 — Título meritorio.
- 5 6 — Nota musical.
- 2 — Vocal.

SANTIAGO FERNÁNDEZ.

COMBINACIÓN MUSICAL

```

      o o o * o o o
o o o o o o o * o o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
o o o o o o o * o o o o o
  
```

Substituir ceros y estrellas por letras, para que en los renglones horizontales se lean piezas musicales y en el renglón de estrellas el nombre del autor de todas ellas.

LOS VILLENENSES DE EL BORDOÑO.

SOLUCIÓN Á LOS JEROGLÍFICOS DEL NÚMERO 53.

1.º Encomienda.

2.º DÍA DE DIFUNTOS

Cartel del teatro: D. JUAN TENORIO.

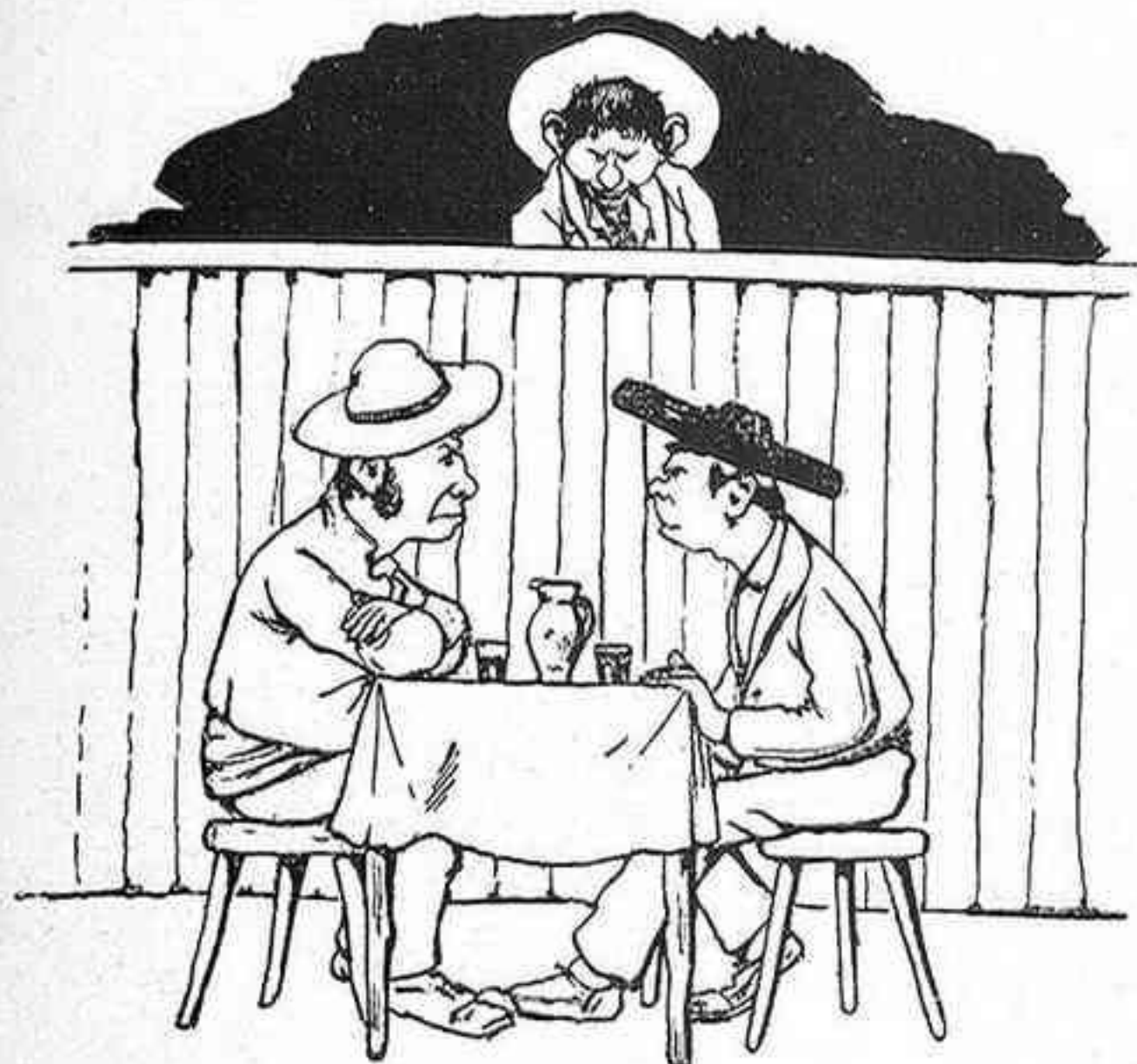
Siete teatros tiene mi pueblo. En los siete el famoso andaluz D. Juan Tenorio acuchilla, mata y enamora. ¡Pobre hombre! Cincuenta años seguidos de calavera... ¿Es hora de descansar?

Los espectadores de los siete coliseos védanse lo.

Doña Inés ama al viejo galán siempre, pero está cansada de amor. Ciutti, valiente antes, ahora abre cobardemente la puerta al Comendador, para que no dé más latas. El capitán Centellas bosteza y los demás personajes de la obra piden por Dios y los santos acabar el drama para siempre.

Mas la gana de ver D. Juan Tenorio lleva al teatro á todos los vecinos de mi pueblo todos los años; hasta que maten á D. Juan, D.ª Inés, el Comendador y Ciutti.

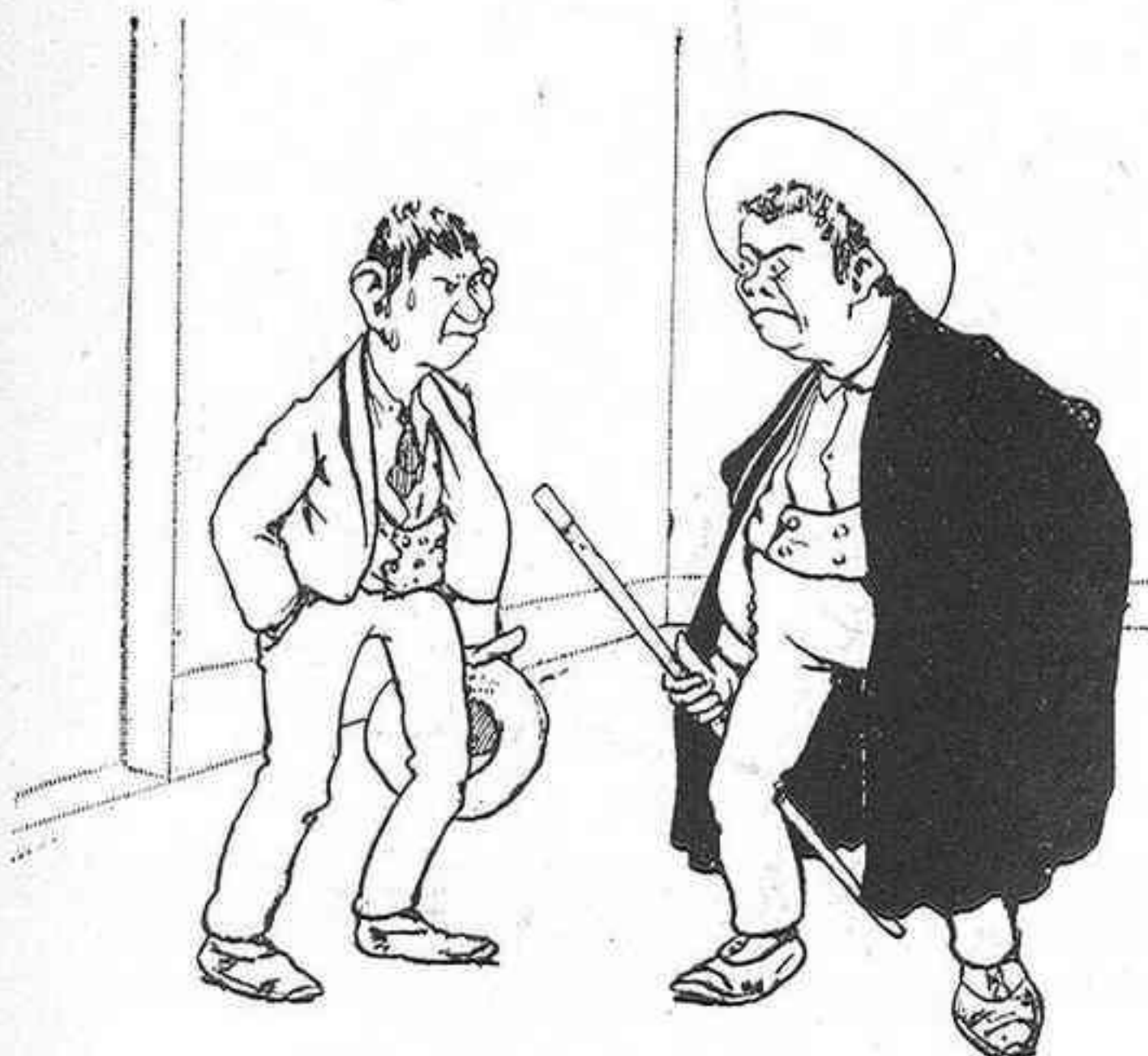
R. I. P.



1.—El Orejas, un paleta que tiene la mala costumbre de oír todo lo que no le importa, sorprendió un día, en cierta venta de Valdetocinos, á dos individuos que hablaban de una partida que debía entrar en el pueblo aquella misma noche.



2.—Sin perder un momento, y dándose con los talones en las posaderas,



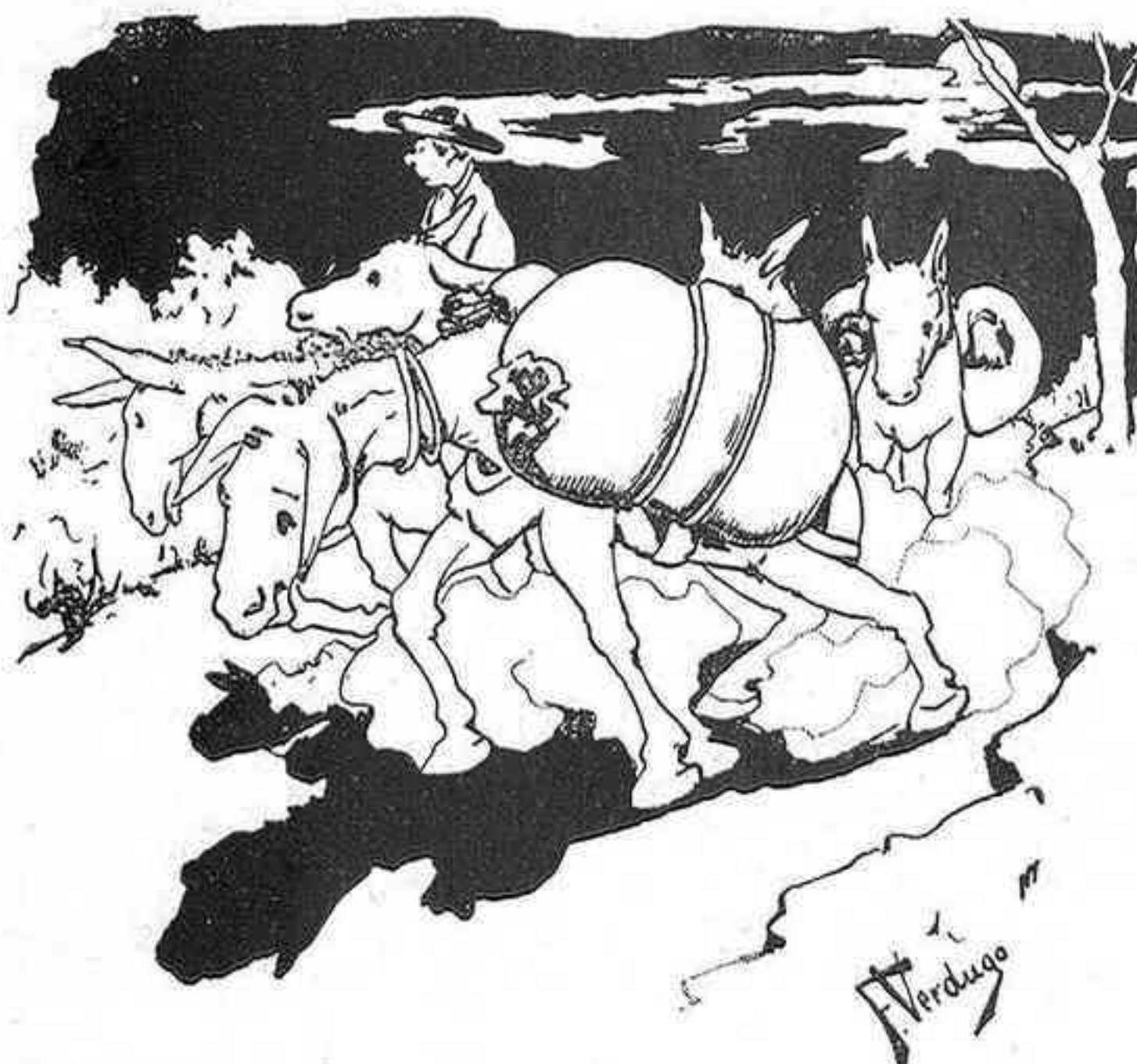
3.—se presentó al alcalde, á quien hizo confidencia de todo lo escuchado y algo más, que puso á la autoridad los cabellos en punta.



4.—Como es natural, la noticia fué inmediatamente trasladada al sargento del puesto,



5.—quien acto continuo salió á cortar el paso á los sediciosos con las fuerzas á su mando.



6.—Y cuál no sería la sorpresa de todos, al saber que la partida de que había oído hablar El Orejas, era simplemente una partida de trigo que había comprado el señor Damián el molinero.



Cartel anunciador de la Fábrica de papel de fumar «Job», en Perpignan (Francia).

SERIE I.^a

NÚM. 55

NERVIOS

La epilepsia, histérico, convulsiones, vértigos, temblores, agitación nocturna, insomnios, palpitaciones, migraña, dolores neurálgicos, pérdida de memoria y demás accidentes nerviosos, se curan siempre tomando el acreditado ELIXIR BERTRAN (POLIBROMURADO). No desconfiar de su curación por antiguo que sea el mal.—Venta:

Farmacia Bertrán, Plaza de Junqueras, 2.—BARCELONA.

DISPONIBLE PARA ANZINCOS



CHAMPAGNE MIRO & TARRAGÓ

Concours Egyptien de Produits Espagnols á Alexandrie 1901-1902. Gran diplome d'honneur avec Medaille pour Champagne Mousseux Extra Carte d'or.

ÚNICOS REPRESENTANTES DE PLUMA Y LÁPIZ EN AMÉRICA

República Argentina: D. MARCELINO BORDOY. — Venezuela, 1150 y 1154. . BUENOS AIRES

República Mexicana: J. BALLESCÁ Y C.^ª, SUCESOR. — San Felipe de Jesús, 572. . MÉXICO

República del Uruguay: D. ANDRÉS RIUS. — Soriano, 155 y 157. MONTEVIDEO

República de Chile: D. CARLOS BALDRICH. — Huérfanos, 21. SANTIAGO

República del Perú: D. FELIPE PRÓ. — Unión, 92, (antes Portal de Escribanos).. . LIMA

Isla de Cuba: D. LUIS ARTIAGA. — San Miguel, 3.. HABANA

Unico representante en Portugal: D. MANUEL F. MIDOES. — Rua da Padaria, 32. . LISBOA